

EL AMOR PROUSTIANO O EL RECONOCIMIENTO IMPOSIBLE

CARLES BESA CAMPRUBÍ
Universitat Pompeu Fabra

J'avais compris que mon amour était moins
un amour pour elle qu'un amour en moi¹

RESUMEN

Una de las mayores contribuciones de Proust a la historia de la novela es la de haber proyectado sobre el sentimiento amoroso el delicado fenómeno de la identidad. Proust sabe que toda vivencia del amor es una larga entrevista con nosotros mismos, y que el encuentro del sujeto con el universo incognoscible del otro no rompe nunca el círculo infernal que forma el yo consigo mismo. No es que el ser amado no exista. Ahí están, aunque *êtres de fuite*, Gilberte o Albertine. Pero su realidad no deja de ser un eco del yo enamorado, un negativo deformado de su necesidad frustrada de autoposeerse —un accidente del amor propio—. Indisociable de la máquina de los celos, todo deseo es sugestión mimética (Girard), plagio que encierra al amante en la cárcel del delirio de los signos (Deleuze). Marcel, el protagonista y narrador de la *Recherche*, descubre gracias al amor que toda formula-

¹ MARCEL PROUST: *À la recherche du temps perdu*, París, Gallimard, «Bibliothèque de la Pléiade», 1987-1989, IV, p. 137. Todas las referencias a la obra de Proust remiten a esta edición.

ción definitiva del sujeto es un simulacro, una quimera basada en la fe consoladora en la autosuficiencia del deseo.

Quien no ha conocido los sufrimientos del amor no accederá nunca a ciertas verdades. Ese es sin duda uno de los sombríos diagnósticos arrojados por la *Recherche* de Proust, que constituye para muchos la obra de referencia de toda cosmología literaria; y ello, en gran medida, por haber sabido transformar los contenidos legados por la tradición novelesca en materia de desciframiento, por haberlos encerrado en la cárcel de la interpretación. Como es sabido, Marcel —el protagonista y narrador de la obra que nos ocupa— es un infatigable policía de los signos, pues quiere llegar, más allá de las apariencias y de los disfraces de la realidad, a la auténtica estructura de las cosas. Su apetito científico, su pasión por la búsqueda de la verdad le llevan incluso a comparar las técnicas que utiliza con las propias de un gran número de disciplinas intelectuales: la química, la filología, la psicología o, cómo no, la patología, entre otras muchas. Lo más curioso es que sea sobre todo su vivencia del amor lo que le conduzca a plantear los problemas del conocimiento, como si la lucidez estuviera elaborada en el ámbito de las fuerzas del deseo.

Para desentrañar algunas de esas verdades del amor proustiano, voy a recurrir principalmente a los dos volúmenes que trazan la evolución del romance entre Marcel y Albertine —*La Prisonnière* y *Albertine disparue*—, pues hasta entonces el protagonista no había ocupado más que episódicamente el primer plano de la escena amorosa. Además, a partir de *La Prisonnière* los deseos que el objeto amado inspira a Marcel dejan de estar teñidos de fantaseo adolescente, y la obra abandona el tono galante y concesivo de los volúmenes anteriores. Implacable y a menudo patético, el *tête-à-tête* conyugal entre Marcel y Albertine impide cualquier interpretación heroica del sufrimiento; la tristeza está aquí desprovista de toda dignidad.

El argumento contiene ciertos elementos de drama psicológico, y como corresponde a las leyes de este género, no está ausente de apuntes sadomasoquistas. Una joven acepta vivir con Marcel en la posición de perpetua acusada, pues la pasión de la verdad animada por los celos del amante justifica a los ojos de éste las sospechas más inverosímiles, las inquisiciones más tiránicas. Hasta que todas las maniobras urdidas por Marcel se vuelven contra él: la huida y muerte de la amada —que desaparece llevándose con ella todos sus secretos— trastocan definitivamente los papeles. Encerrada, Albertine era evanescente, pues burlaba constantemente la vigilancia de su carcelero; desaparecida, está obsesivamente presente, pues encadena a aquél a quien ha abandonado. El

guardián se ha convertido a su vez en prisionero, cautivo del desfile doloroso de las imágenes que le asedian, en especial de aquellas que encajan con una idea fija: ¿Albertine era o no era homosexual? Y de serlo, ¿cedió a sus inclinaciones? ¿Qué tipo de placer pudo sentir, haciendo el amor con mujeres? La fascinación de Marcel por los intereses eróticos de Albertine —por esa *terra incognita* que representa el lesbianismo— no es gratuita, pues tras ella se esconde la idea de que el sentimiento amoroso no escapa nunca a las trampas de Narciso².

Como se ve, la trama se complica, desde el momento en que el objeto del deseo se transforma en objeto para otro cuando no en sujeto del deseo. De hecho, se trata de una de las ecuaciones de la moral amorosa de Proust que menos excepciones sufre. Porque, efectivamente, si en Proust el amor es una enfermedad incurable, es porque aparece siempre generado y catapultado por la máquina de los celos, cuya imaginación genera un discurso interminable, una producción y verificación inagotable de hipótesis. He aquí el problema: el cuerpo del otro es ubicuo en el espacio y en el tiempo, y es en este sentido que se podría aplicar a los celos la fórmula con que el narrador define el amor: «l'espace et le temps rendus sensibles au coeur»³. Experiencia del «diluvio de la realidad», de la virtualidad y la pluralidad de una verdad siempre aplazada, los celos fomentan la construcción de modelos alternativos, de ficciones que ofrecen una nueva manera de habitar el mundo. Malcolm Bowie (1988) llega a afirmar que el amante celoso, en el momento en que obedece al deseo de saber, se convierte en el intermediario principal entre los mundos del arte y de la ciencia, sugiriendo hábilmente que los celos podrían ser una metáfora de la escritura⁴.

² LEO BERSANI (1975) recuerda oportunamente que el tema principal de la vida de Marcel es la fragilidad del sentido del yo, la pérdida de su ser en el tiempo; la imposibilidad de cualquier formulación definitiva del sujeto acarrea el fracaso del reconocimiento de uno mismo. Concibiendo su yo como una suerte de préstamo de su madre, Marcel se sentiría culpable de su propia individualidad. Como veremos, en la *Recherche* la pasión amorosa exaspera la incapacidad de distinguir a los otros del yo.

Análogamente, RENÉ GIRARD (1978) sitúa al último Proust —por oposición al Proust de *Jean Santeuil*, en el que rezuman todavía ciertas ingenuidades románticas o banalmente simbolistas— dentro de una de las mayores conquistas de la «verdad novelesca», a saber: la conciencia de la posición depresiva del deseo, de la inexistencia del narcisismo *pour soi*. El tema de la muerte del sujeto es sin duda la obsesión que aúna a diferentes corrientes de la epistemología de los años ochenta, como el estructuralismo, la deconstrucción y el psicoanálisis lacaniano.

³ *Op. cit.*, III, p. 887.

⁴ Véase el brillante capítulo «Proust, la jalousie, la connaissance» (pp. 73-96). Bowie aboga justamente por una ampliación de la gama conceptual de Proust, cuya obra constituye «l'un des portraits les plus fouillés et les plus élaborés de l'esprit théorique que possède la culture européenne» (p. 96).

Por su parte, René Girard analiza la compulsión de los celos a la luz de la naturaleza necesariamente mimética —o triangular— del deseo: en su obra *Mentira romántica y verdad novelesca*, Girard arguye que todo deseo es copia, préstamo, sugestión afectiva: no elegimos los objetos según nuestro deseo, sino que deseamos precisamente aquello que los deseos ajenos tornan deseable a nuestros ojos. Hoy sabemos que ningún amor es original, y que la cultura de masas, como afirma Roland Barthes en su pequeña enciclopedia de la cultura afectiva —me refiero al succulento *Fragments d'un discours amoureux*— es una máquina que muestra el deseo y que nos dice a quién debemos desear, como obedeciendo tres siglos después al célebre dictamen de La Rochefoucauld (1961): la autosuficiencia del deseo, advierte el moralista, sería una más de las múltiples quimeras del amor propio, el cual quiere ignorar la presión afectiva que ejerce sobre nosotros el lenguaje⁵.

Pero el deseo según el otro es siempre deseo de ser Otro. Dicha ley girardiana viene profusamente ejemplificada en el tercer capítulo de *Albertine disparue*, en el que, ya fallecida Albertine, Marcel, de la mano de su madre, se refugia en Venecia. Ciudad del arte y el agua, con sus iglesias, sus palacios, sus jardines y sus plazas, Venecia promete a Marcel la satisfacción de sus curiosidades estéticas y de su sed de belleza, a la vez que el olvido de Albertine. Pero no basta con cambiar de decorado para renacer a la vida. En Proust, todo vuelve... y a menudo para vengarse. Venecia se convierte progresivamente en una fiera voraz. Marcel abandona poco a poco sus investigaciones artísticas para dedicarse casi exclusivamente a recorrer la ciudad, a la búsqueda de nuevos objetos sexuales. Y he aquí que, en su exploración vertiginosa y frenética, el fantasma de Albertine reaparece, pues si Marcel persigue a ciertas muchachas es sólo en la medida en que pueden devolverle el pasado⁶. A propósito de una joven austríaca cuyos rasgos le recuerdan a Albertine, no puede dejar de preguntarse si dichos rasgos obedecen a la morfología tipo de la mujer a la que le gustan las mujeres. Y como sospecha que Albertine fue a Venecia para satisfacer sus apetitos homosexuales, sus propios intereses eróticos se dirigen especialmente a aquellos cuerpos que podrían haber sido cuerpos de placer para Albertine. Por supuesto, los intentos de Marcel por aprehender el lesbianismo de su amada serán vanos. Aunque a primera vista ella haya podido tener deseos similares a los suyos —sólo a primera vista, por supuesto—, los seres con los que entabla relación son similares a ella, y por tanto le excluyen a él del juego.

⁵ «Il y a des gens qui n'auraient jamais été amoureux, s'ils n'avaient jamais entendu parler de l'amour» (máxima 36).

⁶ Véase a propósito mi artículo (BESA, 1993).

El hecho de que Marcel plagie el deseo de Albertine por las mujeres o de las mujeres por Albertine enreda el tejido de las similitudes y las diferencias, pues parece cambiar a Marcel de sexo. Tras ese intento de reincorporación de la mujer amada Marcel parece desear inconscientemente identificarse con un sujeto del sexo contrario y complementario, reconstruyendo así el andrógino primitivo, la unión primordial anterior a la división de los sexos. Proust sugiere que el encuentro del varón feminoide y de la mujer varonil podría ser una vía de acceso al restablecimiento de la androginia en la pareja: «Une partie de moi à laquelle l'autre voulait se rejoindre était en Albertine»⁷, afirma Marcel, acuciado por la ausencia de su amada. La frase plantea sin ambages lo que es Albertine para Marcel: un espejo de su afecto, un accidente del amor a sí mismo, en el que intenta colmar la propia búsqueda de su sentir. En definitiva y simplificando un poco, Albertine es para Marcel lo que Odette para Swann: lo femenino de sí mismo⁸.

Ya en el *Banquete* —referencia ineludible para los teóricos de la sexualidad, incluso más allá de Freud— Platón apunta de la mano de Aristófanes que el amor es reconocimiento, el deseo y la persecución de un todo perdido y olvidado, enterrado entre los tesoros de la memoria biológica de la humanidad. En este sentido, no es casual que, al no poder asumirse a sí mismo más que en relación con un sexo fisiológicamente opuesto al suyo, cualquier flirteo o comercio heterosexual represente para Marcel una caída en la alteridad, en el dolor de la enajenación. No tiene nada de extraño que la homosexualidad sea para él la verdad más o menos abyecta del deseo, y que se vea condenado a no encontrar al otro más que en su mismo sexo. Si Marcel se recrea furtivamente con imágenes edificantes de sujetos masculinos, es probablemente con el fin de darse a sí mismo una identidad modélica. El narrador dejará para deleite y gozo de otros personajes los ejemplares menos dignos —me refiero a esos curtidos negociantes del placer, esos traficantes del mercado de la carne que actúan en hoteles y prostíbulos, y que tanta presencia tienen en la *Recherche*—.

En este contexto, podría decirse que la identificación de Marcel con el mundo de la inversión parece sutilmente «naturalizada» a través de los distin-

⁷ *Op. cit.*, III, p. 129.

⁸ Como afirma BLAS MATAMORO (1988), «El ser amado es, simplemente, una cámara de eco del yo enamorado, un espacio vacío, dócil, apropiado, donde resuena la identidad del amante» (p. 124). Y, más adelante: «En Swann, estar enamorado es como padecer una disociación de la personalidad, un yo paralelo, el mítico *Doppelgänger* (doble, sosías) o, acaso, un tipo de esquizofrenia» (p. 130). CLAUDE-EDMONDE MAGNY (1950) cree adivinar en Marcel —y en Proust— diferentes rasgos distintivos de la patología esquizoide, entre los que destaca la oscilación brusca de la indiferencia a la hiperemotividad, el paso discontinuo de la anestesia a la hiperestesia afectiva (p. 172).

tos episodios de su romance con Albertine. Aunque cabe reconocer que para dicha naturalización de la homosexualidad no le hacía falta a Proust recurrir a una pirueta tan poco verosímil. Basta con leer las primeras páginas de *Sodome et Gomorrhe*, el volumen anterior al ciclo de Albertine, para observar que Proust desplaza el terreno de acción de la homosexualidad de la esfera cultural a la esfera biológica, sustituyendo la Grecia antigua por las primeras muestras de vida en la tierra, cuando las diferencias se resolvían en un hermafroditismo primigenio que no conocía ni flores dioicas ni animales unisexuados. En definitiva, el invertido, viene a decir Proust, sería más un extranjero que un extraño, a semejanza del israelita con quien lo compara en más de una ocasión; un nostálgico de una Tierra prometida donde la sexualidad humana ignoraba lo que más tarde la cultura ha hecho entrar en el ámbito de lo patológico. Fiel al espíritu de la creación, el invertido conservaría el recuerdo —por supuesto involuntario— de un Edén polimorfo. Diríase que en su defensa e ilustración de la homosexualidad Proust se atreve a homologar Sodoma y Gomorra al paraíso terrestre, y la devastación por el fuego al destierro de Adán y Eva. Julia Kristeva, en su interesante estudio sobre la abyección (1980), opone precisamente las escrituras de Sade y de Proust: la primera sería racional y optimista, *atea*; la segunda convoca siempre una instancia que juzga, exilia, excluye o condena⁹.

Corresponde a Gilles Deleuze (1964) el haber ahondado en la naturaleza de lo que él llama el transexualismo proustiano. Según Deleuze, en efecto, Proust no representa en su obra una homosexualidad global y específica en la que los hombres buscan a los hombres y las mujeres a las mujeres, sino una homosexualidad local en la que el hombre busca lo que hay de hombre en la mujer y la mujer lo que hay de mujer en el hombre. Sea como fuere, una larga tradición quiere que sea la disimilitud de los papeles la que una a los dos miembros de la pareja. Baste recordar otra de las lecciones que nos brinda Platón en el *Banquete*. En su encomio del Amor, Fedro declara no encontrar pareja más perfecta que la formada por Patroclo y Aquiles. Probablemente, dicha elección no se explica en virtud de las simpatías de Platón por la homosexualidad —aunque algo haya de ello, pues Fedro menciona las parejas formadas por Admeto y Alcestes y por Orfeo y Eurídice para descartarlas rápidamente—. Sin embargo, la razón profunda de la pareja perfecta parece ser otra: me refiero a la diferencia existente entre los «partenaires». En efecto, Patroclo es el amante; Aquiles, el amado. Y no a la inversa, como, según parece, pretendía Esquilo. La insistencia de Fedro en la repartición exclusivista de los roles es en este

⁹ «Proust», pp. 28-29. Para un análisis de la homosexualidad en la obra de Proust remito al artículo de MARCEL MULLER (1980).

sentido sintomática: el amante está poseído de la divinidad; el amado debe ser joven y bello, y sacrificado¹⁰.

Naturalmente, en Proust Albertine es la amante, pero su amado no es Marcel. No estamos ante el consabido tópico según el cual quien ama no es amado, sino ante algo más turbio, puesto que Marcel no puede ni tan siquiera imaginarse amado por Albertine: se ve reducido al papel de espectador del placer de otro, sin rol verdadero. Es sintomático que en este infierno para dos los únicos momentos de descanso, para Marcel, sean aquellos en los que ve a Albertine dormida. En toda la *Recherche* no hay quizá otro instante de placer en el amor, y es en este sentido que me parece ilustrativo. La escena se encuentra en la primera parte de *La Prisonnière*, y merece ser citada *in extenso*:

Étendue de la tête aux pieds sur mon lit, dans une attitude d'un naturel qu'on n'aurait pu inventer, je lui trouvais l'air d'une longue tige en fleur qu'on aurait disposée là; et c'était ainsi en effet: le pouvoir de rêver que je n'avais qu'en son absence, je le retrouvais à ces instants auprès d'elle, comme si en dormant elle était devenue une plante. Par là son sommeil réalisait dans une certaine mesure, la possibilité de l'amour; seul, je pouvais penser à elle, mais elle me manquait, je ne la possédais pas. Présente, je lui parlais, mais étais trop absent de moi-même pour pouvoir penser. Quand elle dormait, je n'avais plus à parler, je savais que je n'étais plus regardé par elle, je n'avais plus besoin de vivre à la surface de moi-même. En fermant les yeux, en perdant la conscience, Albertine avait dépouillé, l'un après l'autre, ses différents caractères d'humanité qui m'avaient déçu depuis le jour où j'avais fait sa connaissance. Elle n'était plus animée que de la vie inconsciente des végétaux, des arbres, vie plus différente de la mienne, plus étrange et qui cependant m'appartenait davantage. Son moi ne s'échappait pas à tous moments, comme quand nous causions, par les issues de la pensée inavouée et du regard. Elle avait rappelé à soi tout ce qui d'elle était en dehors, elle s'était réfugiée, enclose, résumée, dans son corps. [...]

Moi qui connaissais plusieurs Albertine en une seule, il me semblait en voir bien d'autres encore reposer auprès de moi. Ses sourcils arqués comme je ne les avais jamais vus entouraient les globes de ses paupières comme un doux nid d'alcyon. Des races, des atavismes, des vices reposaient sur son visage. Chaque fois qu'elle déplaçait sa tête

¹⁰ Salvando las distancias, una concepción análoga de los roles puede apreciarse en la larga introducción de *Sodome et Gomorrhe* (III, pp. 3-34), en la que la conjunción entre Charlus y Jupien es comparada con la fecundación de la orquídea por el abejorro. En cuanto a las relaciones entre las obras de Proust y de Platón, puede consultarse DELEUZE («L'image de la pensée», *op. cit.*, pp. 115-124) y MATAMORO («Platón y Proust», *op. cit.*, pp. 162-170).

elle créait une femme nouvelle, souvent insoupçonnée de moi. Il me semblait posséder non pas une, mais d'innombrables jeunes filles. Sa respiration peu à peu plus profonde maintenant soulevait régulièrement sa poitrine et, par-dessus elle, ses mains croisées, ses perles, déplacées d'une manière différente par le même mouvement, comme ces barques, ces chaînes d'amarre que fait osciller le mouvement du flot. Alors, sentant que son sommeil était dans son plein, et que je ne me heurterais pas à des écueils de conscience recouverts maintenant par la pleine mer du sommeil profond, délibérément je sautais sans bruit sur le lit, je me couchais au long d'elle, je prenais sa taille d'un de mes bras, je posais mes lèvres sur sa joue et sur son coeur, puis sur toutes les parties de son corps posais ma seule main restée libre, et qui était soulevée aussi comme les perles, par la respiration d'Albertine; moi-même, j'étais déplacé légèrement par son mouvement régulier. Je m'étais embarqué sur le sommeil d'Albertine¹¹.

Para algunos, el sueño de la persona amada es un rival. Imaginan que cediendo a la noche el otro se ha aventurado en un mundo exclusivo e insondable, que escapa de toda influencia ajena. Hay quien incluso se atreve a despertar al otro, para que cese en las infidelidades que debe ya haber cometido lejos de su control. Para Marcel, en cambio, Albertine dormida escapa a los ritos de la existencia, pues se sumerge en una vida vegetativa que aleja de ella toda opacidad. Marcel sabe muy bien que el ser amado se altera por el lenguaje y los ojos, revelando la existencia de un desconocido inaprensible: y por mucho que él posea el oído inteligente de un psicoanalista, los signos son siempre polisémicos. Sin voz y sin mirada, sin voluntad, Albertine dormida se convierte en un campo sémico acotable, mensurable, pues encierra «razas, atavismos y vicios» en un algebraico pedazo de carne. He aquí el cuerpo de Albertine raptado, descifrado y vaciado de todos los mundos posibles que contiene, profanado incluso por un acto de «voyeurismo» sin igual, pues incluso en la intimidad de la pareja el placer tiende a ser furtivo, como lo demuestra el acto de onanismo al que se libra Marcel unas líneas después del texto citado. En la estatua yacente en que se convierte Albertine está escrita su muerte. De algún modo, Marcel está fetichizando a un muerto. También en Dostoievsky, nos recuerda Girard (1985), «el crimen que suprime la mirada de la mujer amada y nos la entrega, no tanto sin defensa como sin conciencia, es una eterna tentación» (p. 147). Marcel mata a Albertine, pues sabe que nunca conseguirá asimilar ese cuerpo de locura.

¹¹ *Op. cit.*, III, pp. 578-580.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARTHES, ROLAND (1977): *Fragments d'un discours amoureux*, París, Seuil, col. «Tel quel».
- BERSANI, LEO (1975): «Dégüisements du moi et art fragmentaire», *Cahiers Marcel Proust*, 7, pp. 43-67.
- BESA, CARLES (1993): «Proust du côté de Venise ou l'âme en deuil», *Bulletin Marcel Proust*, 43, pp. 103-111.
- BOWIE, MALCOLM (1988): *Freud, Proust et Lacan*, París, Éditions Denoël, col. «L'espace analytique».
- DELEUZE, GILLES (1964): *Proust et les signes*, París, PUF, col. «Perspectives critiques».
- GIRARD, RENÉ (1978): «Au-delà du scandale», en *Des choses cachées depuis la fondation du monde*, París, Éditions Grasset & Fasquelle, pp. 542-549.
— (1985): *Mentira romántica y verdad novelesca*, Barcelona, Anagrama.
- KRISTEVA, JULIA (1980): *Pouvoirs de l'horreur: essai sur l'abjection*, París, Seuil.
- LA ROCHEFOUCAULD (1961): *Réflexions ou Sentences et Maximes*, París, Club français du livre.
- MAGNY, CLAUDE-EDMONDE (1950): «Proust ou le romancier de la réclusion», en *Histoire du roman français depuis 1918*, París, Seuil, pp. 150-202.
- MATAMORO, BLAS (1988): *Por el camino de Proust*, Barcelona, Anthropos, col. «Ámbitos literarios».
- MULLER, MARCEL. (1980): «Étrangeté ou, si l'on veut, naturel», en *Recherche de Proust*, París, Seuil, pp. 55-67.
- PLATÓN (1990): *Obras completas*, 2.ª ed., 8.ª reimp., Madrid, Aguilar.
- PROUST, MARCEL (1987-1989): *À la recherche du temps perdu*, París, Gallimard, «Bibliothèque de la Pléiade».